

GRUPO OBLOMOFF

Un futuro sin porvenir. Por qué no hay que salvar la investigación científica

revistaculdesac@gmail.com

Colección: Bibliografía. Reseñas
Fecha de Publicación: 05/07/2016
Número de páginas: 11
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

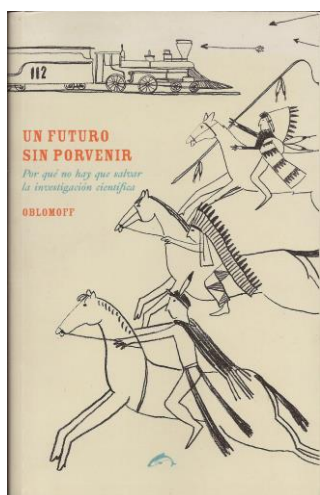
El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

www.cedcs.org
info@cedcs.eu

Grupo Oblomoff: Un futuro sin porvenir. Por qué no hay que salvar la investigación científica.

Traducción de Javier Rodríguez Hidalgo.

2014, Ediciones el Salmón. ISBN: 978-84-941092-7-0



La Ciencia sigue manteniendo un lugar privilegiado en el imaginario de los países occidentales. El derrumbe de distintos símbolos religiosos y laicos como Dios, la Revolución, e incluso el Progreso, no ha alcanzado a la fe en la práctica científica. Ese es el motivo por el que, en los últimos años, las quejas y las demandas de científicos e investigadores españoles hayan gozado de tan buena acogida entre amplios sectores de la izquierda y de la opinión pública. Sin embargo, jamás se habla del porqué de la necesidad de la investigación científica, de sus fines y sus medios, o del tipo de mundo que contribuyen a forjar y perpetuar.

Hoy, la ciencia no se entiende si no es como ciencia aplicada al sistema productivo. Sometida a la lógica de la ganancia, colabora con el desarrollo de un modo de vida cuya base es la sumisión. Al aceptar alegremente esta función, los científicos han aceptado el chantaje, guardando silencio sobre la degradación constante de la propia actividad científica y, en definitiva, ignorando conscientemente *para qué* y *para quién* están haciendo ciencia.

En las páginas de este libro el Grupo Oblomoff desarrolla una crítica dirigida contra mitos modernos como el Progreso y la Técnica, cuestiona las nociones de investigación pública y «ciencia pura», y sugiere que la ciencia moderna —en realidad «tecnociencia»— ha sometido el deseo de comprensión del mundo a una voluntad imperialista y hegemónica que reduce toda la realidad a simples mecanismos y números.



EDICIONES EL SALMÓN

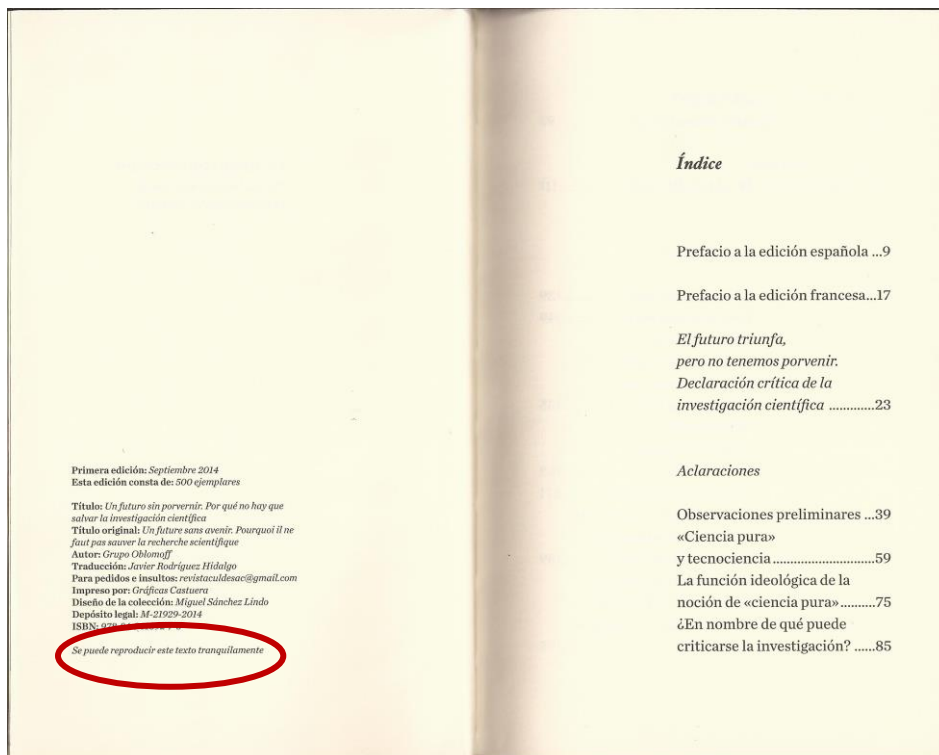
PVP: 11€

Un polémico y estimulante ensayo sobre la ciencia y la investigación científica, fruto de amplios debates universitarios franceses en este caso coordinados por el Grupo de trabajo y reflexión Oblomoff, joven y valiente, desinhibido y juguetón pero muy lúcido y de una actualidad conmovedora...

He aquí la justificación del nombre del grupo:

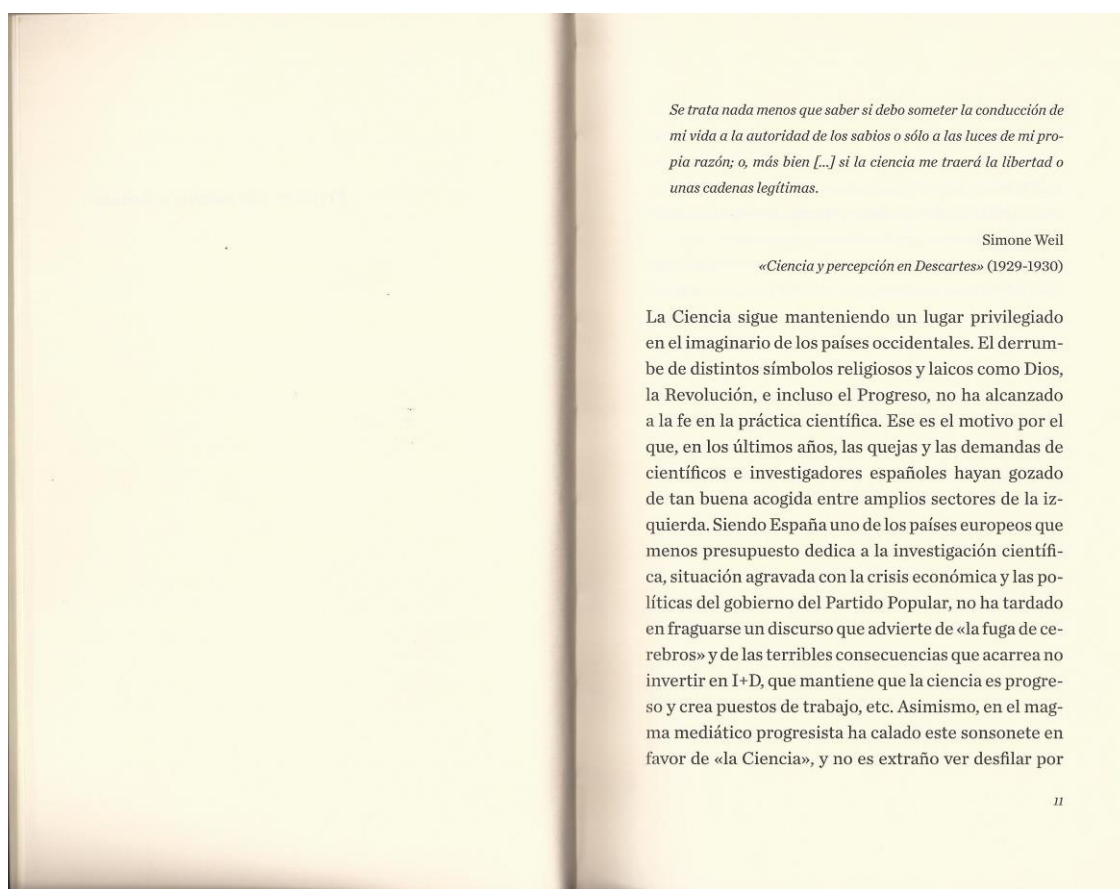
El Grupo Oblomoff nació en Francia hacia octubre de 2004, cuando treinta personas interrumpieron una asamblea del movimiento *Salvemos la investigación* y denunciaron la complicidad entre la investigación científica, la industria, y el ejército. Los participantes en la protesta eran en su mayoría estudiantes de ciencias sociales y militantes anti-nucleares y feministas, pero unos meses después se les sumaron investigadores y doctorandos en ciencias puras, constituyéndose de esta forma el Grupo Oblomoff. Desde entonces han venido desarrollando una doble actividad en la producción de textos y la realización de acciones de denuncia frente a personalidades o iniciativas del medio científico. La elección del nombre, que remite al personaje de la novela de Goncharov, *Oblómov*, emblema de la indolencia metafísica, sugiere la necesidad de frenar la invasión tecnológica, detener la obsesión por el trabajo y la producción, y recordar que existen más modos de estar en el mundo.

Y he aquí el índice indicativo, con la interesante aclaración, en la nota editorial, de que está permitida la difusión del texto en otro rasgo representativo de nueva modernidad:



¿Qué hacer?, ¿qué proponemos?93	Lo que pensamos de nuestro destino transgénico201
<i>El salario del miedo</i>111	¿Quién teme a un futuro radiante?209
	En la Rue Marcel Duchamp ...217
<i>Intervenciones</i>	
¿Créditos para qué?139	
Esto no es una fiesta149	
¿Se puede parar el tren de la ciencia? El caso de los indios de la facultad de Orsay155	
La indecencia de la publi-ciudad de las ciencias163	
Disolución de la CNIL171	
La industria de la biometría contrata: iinvestigadores en ciencias humanas!189	
¿Podrá salvar al planeta el proyecto ITER? ¿O sólo a la economía? ¿O a ninguno de los dos?195	

La introducción para la edición española de 2014 es interesante:



platós de televisión a «brillantes científicos» que han tenido que emigrar al extranjero porque, dicen, aquí «no hay dinero para la investigación». Sin embargo, jamás hablan del porqué de la necesidad de la investigación científica, de sus fines y sus medios, o del tipo de mundo que contribuyen a forjar y perpetuar.

Movimientos como la *Plataforma por una Investigación Digna* han realizado una abierta labor de defensa de la Ciencia como razón de Estado. La apuesta por la investigación «de calidad», como forma de dotar al tejido productivo de competitividad y propiciar el cambio hacia una economía basada en el conocimiento, ha estado en el centro de sus reivindicaciones y de sus constantes llamamientos a la «responsabilidad política» para que no dejen caer la inversión en I+D. Desde que las denominadas políticas de austeridad se cebasen con los puestos de becarios e investigadores, los grupos de la tecnocracia se empezaron a revolver inquietos, clamando por una política de Estado que salvase a la investigación de la quema. Pero el Estado les ha reservado, hasta ahora, una pragmática indiferencia: ¿para qué vamos a necesitar científicos en un país de camareros y obreros de la construcción que, además, se encuentran en su mayoría engrosando las filas del INEM?

La ciencia, en nuestro tiempo, no se entiende si no es como ciencia aplicada al sistema productivo. En su

12

condición subalterna, sometida a la lógica de la ganancia, no puede más que celebrar y alentar los progresos del Estado y de la Técnica, y colaborar, así, con el desarrollo de un modo de vida cuya base es la sumisión. Al haber aceptado alegremente esta función (en la creencia de estar ejerciendo un magisterio científico siempre neutral y apartado de la lógica de la sociedad), los científicos se han condenado a una compartimentación cada vez más minuciosa de su trabajo, a la sujeción a la financiación pública y privada con el único fin de extraer beneficios económicos o ventajas estratégicas militares, y, en definitiva, a ignorar conscientemente *para qué y para quién* están haciendo ciencia. Han aceptado el chantaje, guardando silencio sobre la degradación constante de la propia actividad científica, y siendo cómplices en muchos casos del encubrimiento de la nocividad de la producción industrial, haciéndola pasar por daños colaterales inevitables y, a fin de cuentas, asumibles.

El lloriqueo constante sobre la «fuga de cerebros», se nos vuelve insufrible si contamos con todo lo anterior. Hay «cerebros» cuyas ideas sobre la energía nuclear, la transgénesis, la nanotecnología o la industria química, se encuentran muy lejos de quienes aún aspiramos a una vida en libertad.

Por lo tanto, y en aras de cuestionar el rol que ocupa la ciencia en nuestras sociedades, hemos conside-

13

rado conveniente editar en castellano *Un futuro sin porvenir. Por qué no hay que salvar la investigación científica* (Francia, 2009), escrito por el Grupo Oblomoff. Los orígenes de este grupo francés se remontan a octubre de 2004, cuando una treintena de personas interrumpieron una asamblea del movimiento *Salvemos la investigación*, y repartieron un comunicado en que denunciaban la complicidad entre la investigación científica, la industria, y el ejército. Los participantes en la protesta eran en su mayoría estudiantes de ciencias sociales y militantes anti-nucleares y feministas, pero unos meses después se les sumaron investigadores y doctorandos en ciencias puras, constituyéndose de esta forma el Grupo Oblomoff. Desde entonces han venido desarrollando una doble actividad en la producción de textos y la realización de acciones de denuncia frente a personalidades o iniciativas del medio científico. Este libro es un compendio de toda esta labor. El primer texto, «El futuro triunfa, pero no tenemos porvenir», difundido en otoño de 2006, fue el fruto de los debates y discusiones que sellaron el nacimiento del grupo, y, ante las reacciones y críticas, en su mayor parte hostiles, que recibió el comunicado, decidieron redactar unas «Aclaraciones» que les permitiera exponer con más sosiego sus puntos de vista. Además, se incluyen en este trabajo un

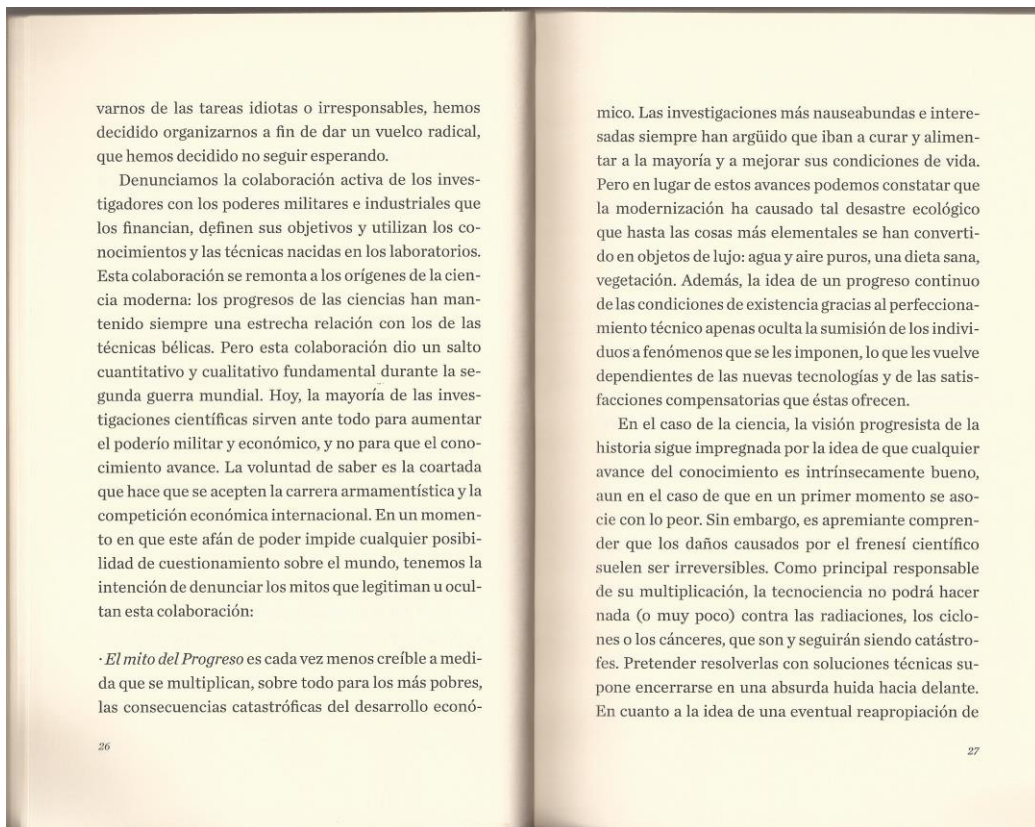
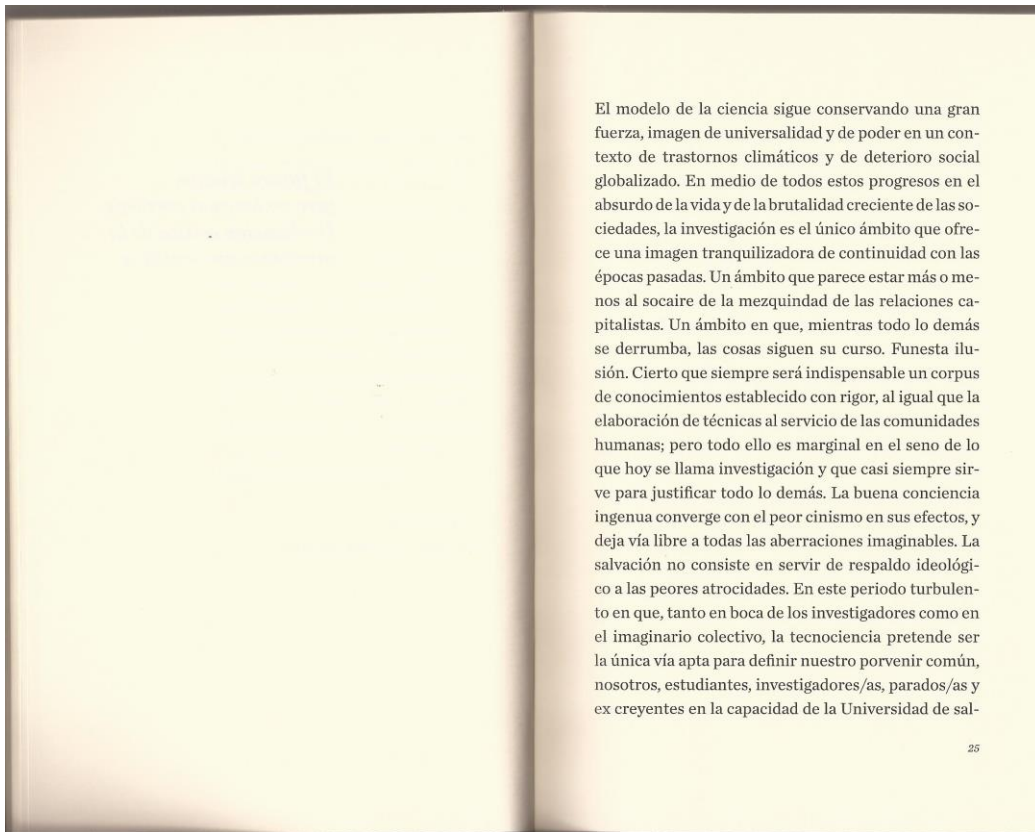
14

texto más reciente, «El salario del miedo», así como un inventario de las «Intervenciones» del grupo en distintos actos públicos.

Ediciones El Salmón
Agosto de 2014

15

Lo mismo que el texto primero o germinal, “El futuro triunfa, pero no tenemos porvenir. Declaración crítica de la investigación científica”:



este conjunto tecnológico con fines emancipadores, en muchos casos se antoja tan aberrante como la de querer convertir una autopista en un espacio acogedor.

· *El mito de la «investigación pública»* proyecta la imagen de una investigación supuestamente obediente a unos criterios fundamentalmente diferentes de los de la investigación privada. Ahora bien, ambas son inextricables desde hace tiempo, tanto en lo que concierne a la organización y a la financiación de los programas como al tipo de problemáticas en vigor. En conjunto, las dos participan del mismo proyecto de artificialización de la vida y de mecanización de las relaciones humanas. Vemos que esta tendencia viene manifestándose explícitamente desde hace años en la investigación pública, en la que destacan los valores y las prácticas de los sectores más «dinámicos» de la economía de mercado (*start-ups*, pymes punteras, etc.).

· *El mito de la «ciencia pura»* nació precisamente en el momento en que la imbricación de ciencia e industria quedó sellada de forma definitiva. Desde sus orígenes, la ciencia moderna ha consistido esencialmente en producir hechos a partir de máquinas: es una tecnociencia. El propio movimiento de las técnicas y los saberes hace que la creencia en una ciencia en-

28

tendida como puro conocimiento frente a una ciencia «aplicada» sea absurda. En las ciencias duras, los hechos no son formulables al margen de todo el aparato tecnológico que las sostiene, preside los experimentos y estructura la relación de los investigadores con la realidad. En las ciencias presuntamente humanas, los escasos investigadores que se niegan a gestionar e instrumentalizar a la población no tienen ningún peso frente a los técnicos sociales, y a menudo acaban trabajando para ellos.

Por lo tanto, hay que romper con el proyecto de las ciencias modernas tal como cristalizó en el siglo XVII (y que en la actualidad sigue siendo una referencia insoslayable, pese a las reticencias que se dan a veces). Dicho proyecto consistía en establecer un conocimiento total y objetivo de los fenómenos gracias a las matemáticas y a adquirir el dominio técnico que se asocia de manera directa a ellas para el bien de la humanidad. Los progresos de la ciencia han confirmado por sí mismos la inanidad de esta *religión de sustitución*: la ciencia, por muy avanzada que sea, nunca alcanzará la objetividad absoluta ni ofrecerá una respuesta a los interrogantes fundamentales del ser humano. En cuanto a su aspecto práctico, el siglo XX ha consagrado el fracaso del *punto de vista del ingenie-*

29

ro: lejos de servir a la felicidad y a la libertad, el formidable crecimiento del poder que ha permitido la investigación ha contribuido sobre todo a disolver las sociedades humanas a base de sometimiento y dependencia, y a poner en riesgo las condiciones mínimas de nuestra supervivencia. Despojada de todos los frenos sociales y políticos, la gestión cuantitativa del mundo resulta catastrófica; y si produce una ilusión del control es a costa de una extensión creciente de su campo de experimentación, sus iniciativas reduccionistas y sus ecuaciones importunas. En sus deseos de omnipotencia y manipulación, los gestores siguen haciendo «como si» este control fuera real y, mediante prácticas fraudulentas y experimentos peligrosos, persisten en encajar a la fuerza dentro de sus modelos mecanicistas todo aquello que han renunciado a entender. Hasta producir una *vida en burbuja*, en la cual nadie dispone de puntos de referencia que permitan reflexionar y juzgar.

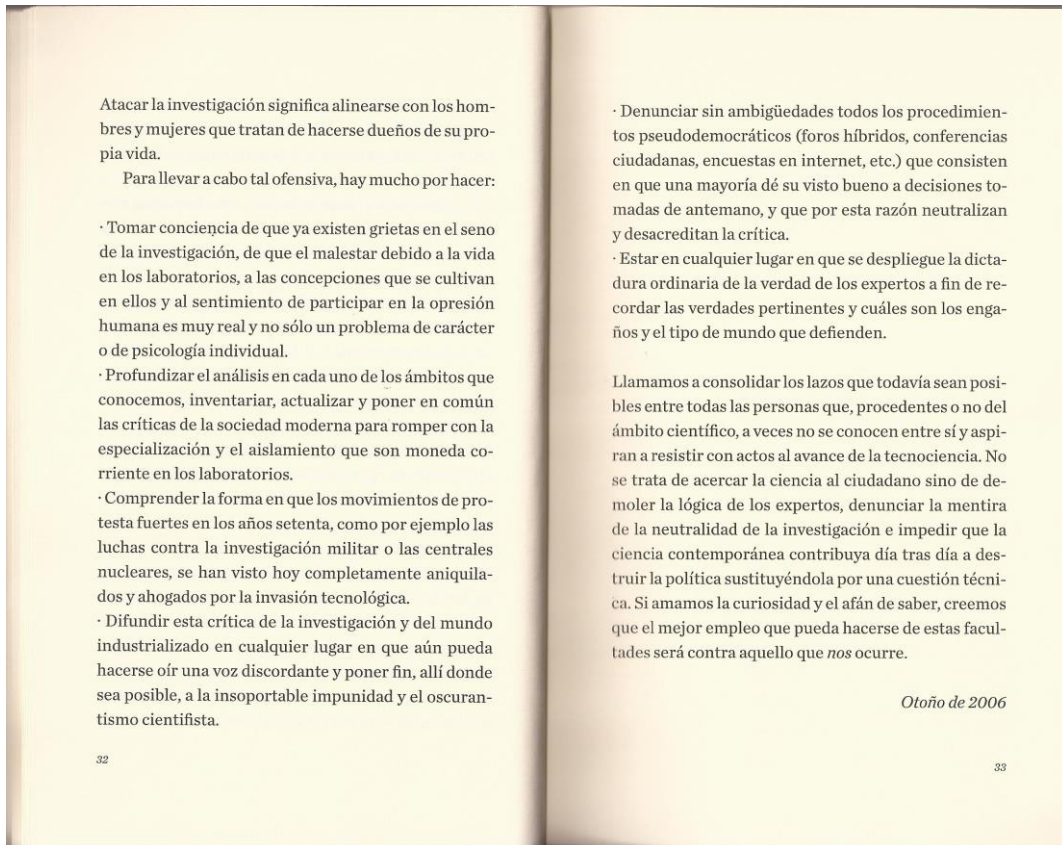
En sentido opuesto a todos los proyectos políticos, de izquierdas o de derechas, que siguen adhiriéndose a este proyecto de control total de la vida y que no proponen otra cosa que seguir hundiéndonos un poco más, creemos que el punto de partida de cualquier reflexión política debería radicar en esta doble conclusión:

30

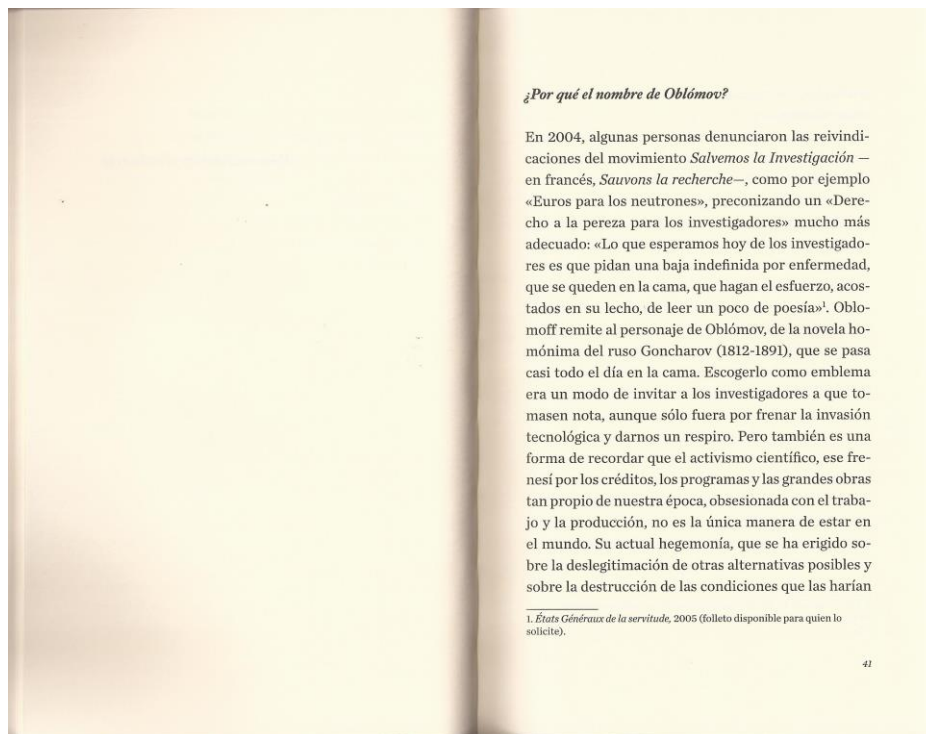
· El derrumbe cada vez más veloz de las condiciones biológicas de nuestra supervivencia (y, correlativamente, la usurpación de la supervivencia y de la reproducción de todos por parte de la tecnociencia).
· La impotencia creciente de los seres humanos respecto al transcurso de su existencia, que arrebató la sustancia de los conceptos de razón y libertad.

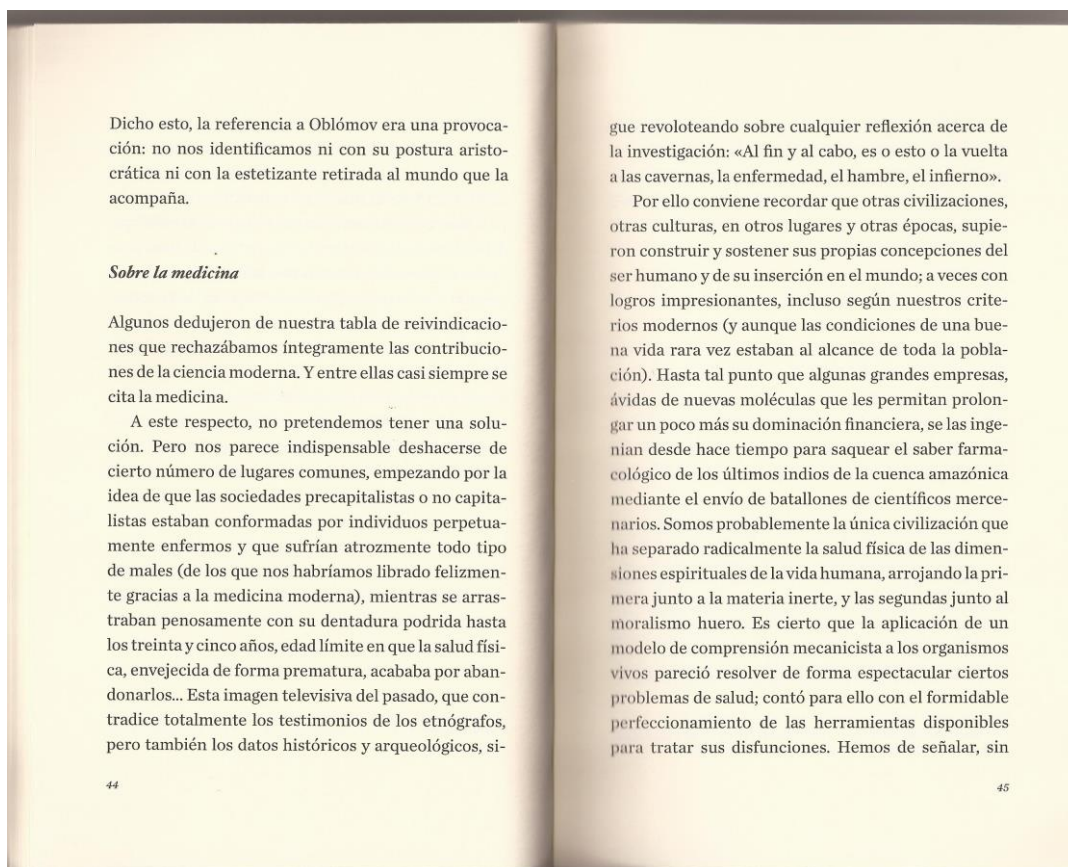
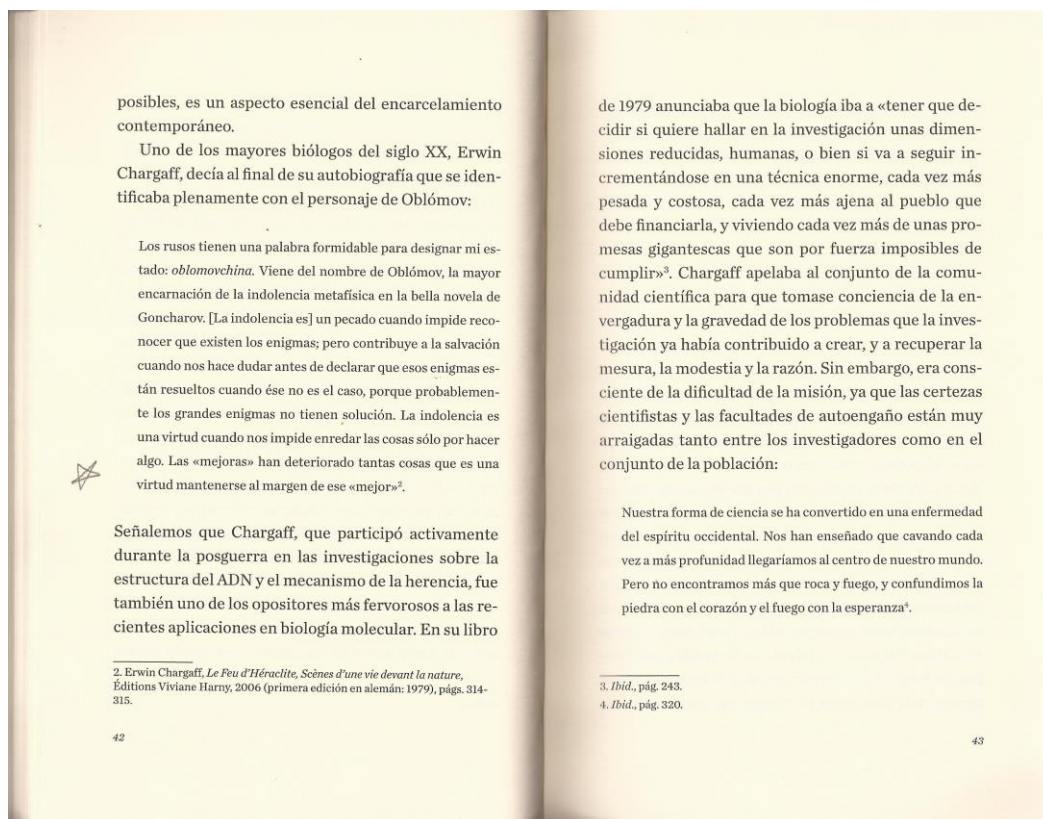
Partir de esta doble conclusión supone comprender las dificultades en que nos hallamos para la lucha. Por un lado, la precariedad de las condiciones de vida, telón de fondo de todos los discursos y proyectos políticos, sirve cada vez más para justificar la pasividad y destruir las iniciativas que vayan en el sentido de la autonomía. Por otro lado, la reducción de los individuos al estatuto de engranaje en unas estructuras de producción e intercambio nos ha arrebatado ampliamente hasta el uso de la palabra para reflexionar de manera conjunta. Creemos no obstante que la razón crítica y la sensibilidad, por muy atrofiadas que estén en la actualidad, nos vuelven pese a todo irreductibles a convertirnos en mero ganado, mercancías o máquinas. Apoyándonos entre otras cosas en estas facultades podremos preservar una independencia crítica y cultivar reflexiones y saberes que no se presten a ser utilizados por los estados, ni por las industrias y sus mercancías.

31



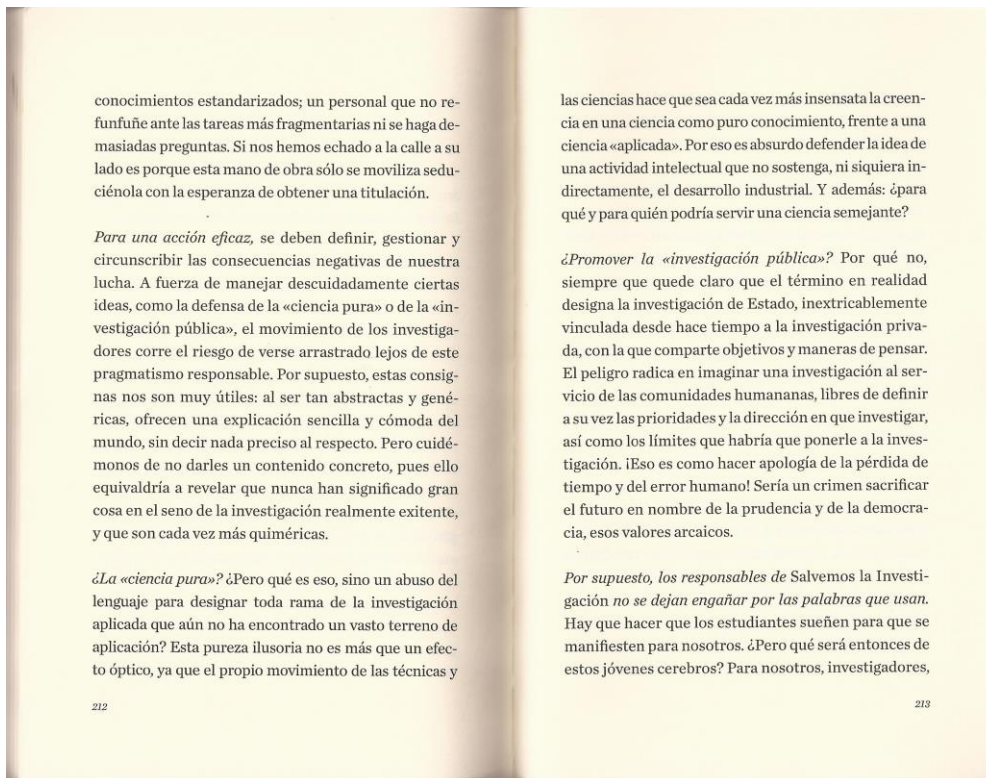
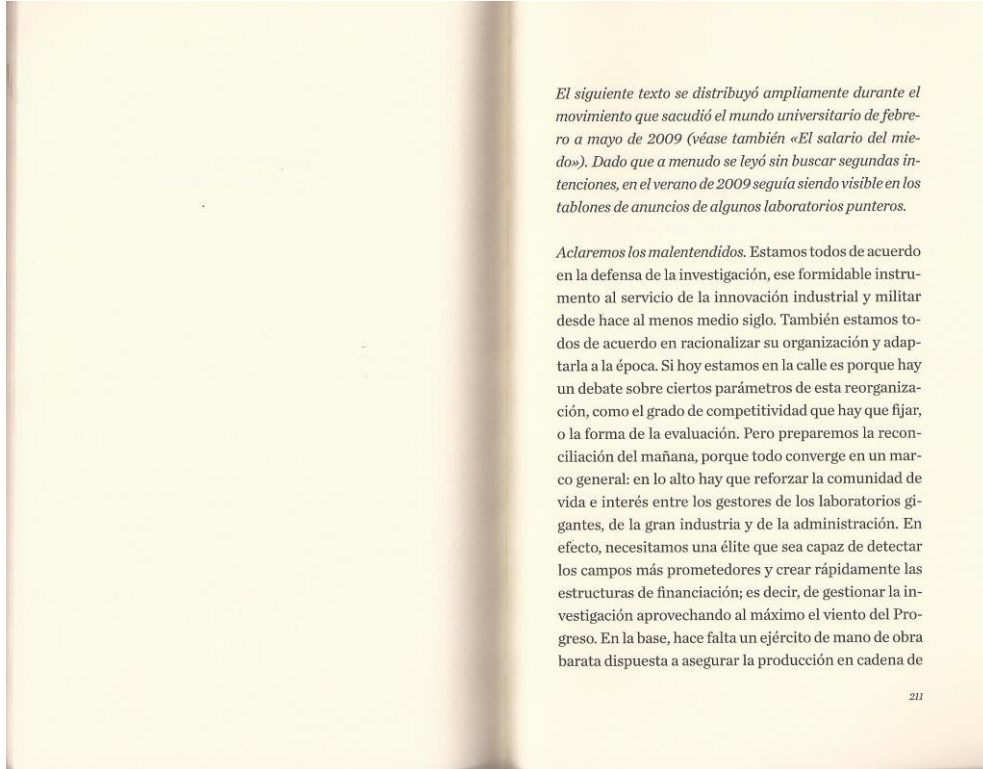
Es a partir de este texto de 2006 de donde parte el debate y las diversas contribuciones a ese mismo debate que siguen en el libro... Recogemos el arranque del texto principal introductorio que sigue a este, y en el que una vez más justifican su propio nombre como colectivo...

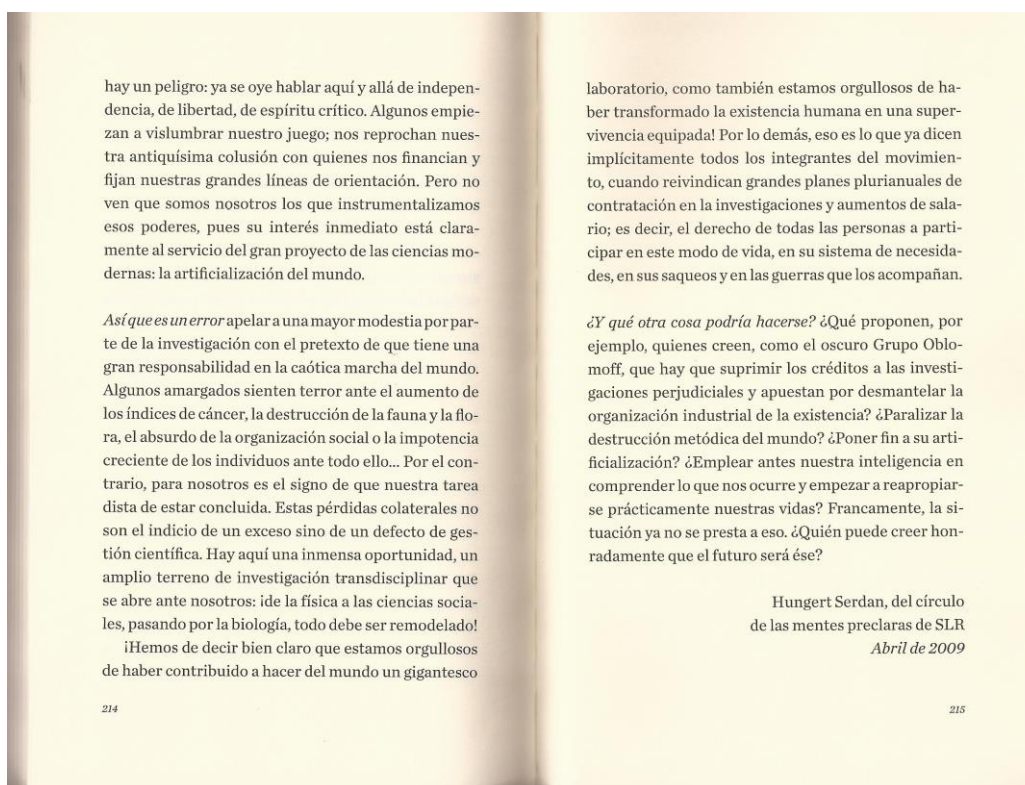




Y así sigue...

Finalmente, como contrapunto irónico, el Grupo Oblomoff incluye un texto contrario aparentemente a sus principios y proclamas y que titulan también irónicamente, sin duda, “¿Quién teme a un futuro radiante?”, de abril de 2009 y firmado por un Hungert Serdan, difícil de localizar, tal vez nombre irónico también o relacionado con algún tipo de industria sospechosa...





Enhorabuena desde el Archivo de la Frontera para ediciones El Salmón por estos estimulantes textos para un debate siempre pendiente al parecer, nunca definitivo... Y que queremos cerrar con un texto que cita “el oscuro Grupo Obломoff” al principio de su texto/manifiesto; es de la que por entonces era ministra de Economía y Finanzas en Francia, Christine Lagarde, de un discurso en la Asamblea Nacional del 10 de julio de 2007 y que visto desde el marco de este debate adquiere también un tono irónico y no por ello menos dramático sobre una mentalidad algo aberrante, de alguna manera...

“Cuántas vueltas para decir algo que en el fondo es muy sencillo: el trabajo tiene que pagar. Pero estamos ante una vieja costumbre nacional: Francia es un país que piensa. No existe una ideología cuya teoría no hayamos hecho nosotros. Poseemos, en nuestras bibliotecas, material como para discutir los siglos venideros. Por eso me gustaría decirles: ya basta de pensar. Ahora tenemos que remangarnos”.

¡Tanto remangarse sin pensar, como sugieren nuestras más preclaras autoridades globales...! Así nos va. Ánimo y salud.